

Facundo Cabral

ni de aquí, ni de allá

¡Qué maten a todos los que llevan bastón!

Varias generaciones aún lo ven con admiración y se identifican con su filosofía, que dejó una huella en la América Latina de los 70. Es Facundo Cabral, el mismo que todavía se sabe argentino, mexicano, de todas partes y de ninguna: “No soy de aquí, ni soy de allá, no tengo edad, ni provenir...”.

Tras 40 minutos de retraso en el vuelo que lo trasladaba hasta Mérida, el pasado 1 de abril, Facundo Cabral, el de los anteojos grandes, se apoyó en su bastón para abrirse paso en el pequeño avión, siguiendo las instrucciones de una aeromoza apresurada.

“Hacia adelante, señores; rápido, por favor, vamos demorados”. Ninguno de los pasajeros tenía la culpa de que el avión hubiera dispuesto de más de 40 minutos para cargar combustible.

A Facundo Cabral le tocó el primer reclamo. Se sentó en una salida de emergencia y –le insistió la sobrecargo– no era permitido para una gente con bastón. “¡Qué maten a todos los que llevan bastón!”, respondió el artista argentino, entre la sorpresa y la ironía.

Sus largas piernas y sus ojos grandes y cansados, se activaron para buscar una solución.

Unos cuantos lugares atrás, la buena voluntad de otro pasajero, y la prisa de la empleada, contribuyeron a una alternativa rápida. A punto de sentarse nuevamente, en otra fila, llegó el nuevo reclamo: “señor, usted no puede ir en el pasillo, porque lleva bastón”. La inquietud de los pasajeros acompañó a un Facundo que, ciertamente, no encontraba su sitio, ni aquí, ni allá. La mujer dijo simplemente estar “cumpliendo órdenes”. El cantautor se preguntó, todavía con paciencia y cierta ironía, si no serían “órdenes de Hitler”. El avión aterrizó demorado. No llegaron muchas maletas, pero llegó Facundo Cabral, a pesar de su bastón y su débil visión.

Posiblemente la azafata, a una generación de distancia, no identificó a su pasajero. No estaba obligada; tampoco debía darle algún privilegio por la memoria musical o los discos vendidos. Simplemente se trataba de un hombre tan especial como cualquiera que está perdiendo la vista, que camina lento y anda por la vida sin imaginarse que –en un avión recién cargado de combustible y apresurado– el gran daño a la seguridad era, sencillamente, su bastón.



Facundo: poca visión, mucho sentimiento